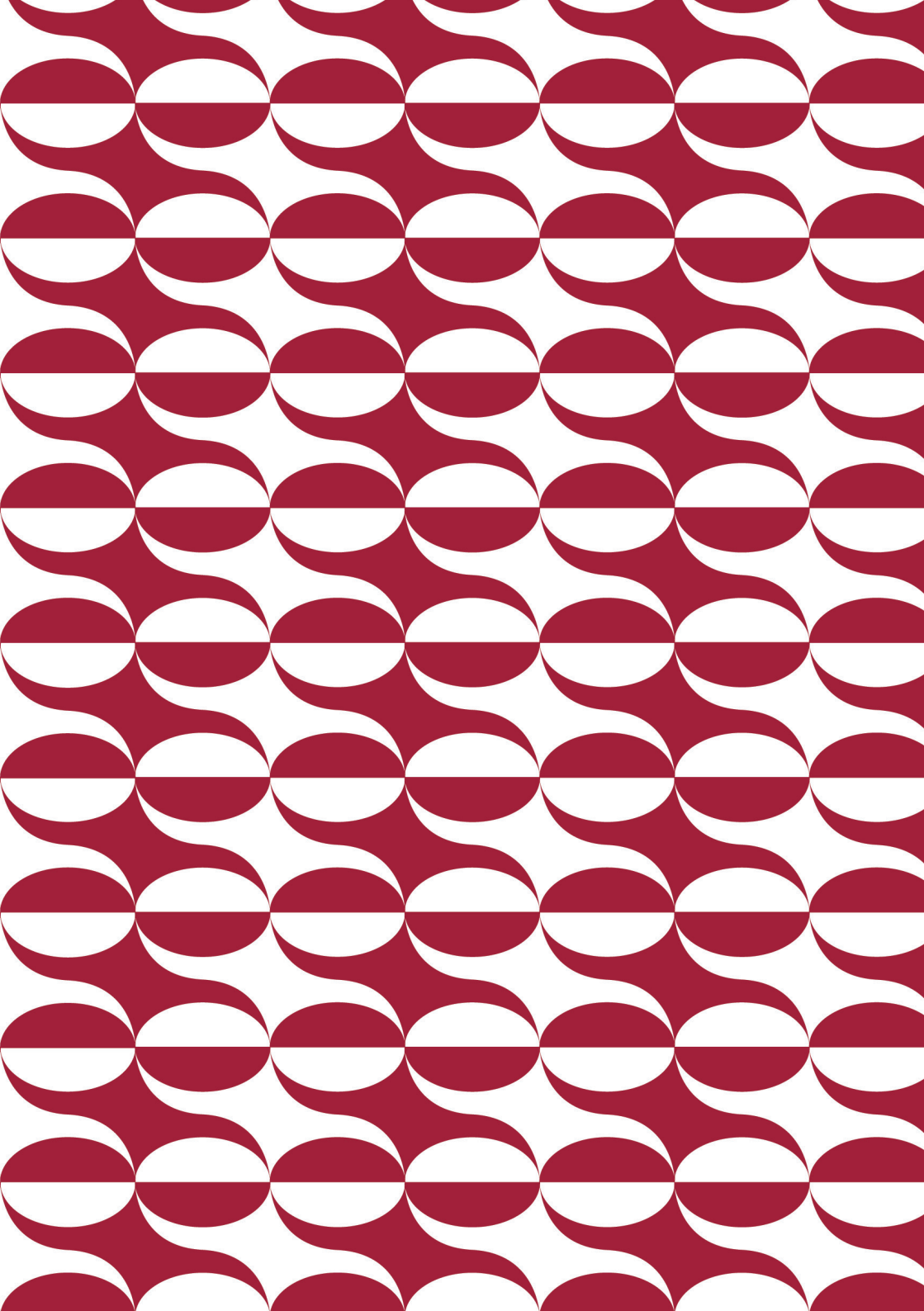


Aguila
del
Cáucaso





Águila del Cáucaso

Edición digital

Año II, núm. 6

Publicación trimestral de poesía en español, dedicada a la difusión de poetas jóvenes, o espacio para todas las voces de una misma lengua.

Edición	Iñaki Irijoa Lema
Depósito legal	CA 551-2022
ISSN	2990-2991
Contacto	aguiladelcaucaso@gmail.com @aguiladelcaucaso

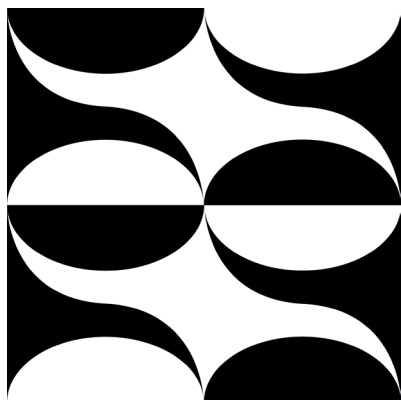
Editado en Algeciras.

La cubierta está basada en un diseño original de Homero José Amaro Gonçalves.

La propiedad intelectual de las obras publicadas pertenece a sus respectivos autores. Se prohíbe terminantemente la reproducción total o parcial de dichas obras por otros medios o procedimientos, sin la autorización expresa de sus autores.

Aunque el sexto número de *Águila del Cáucaso* aparezca en el Sexto Martes de Cuaresma y pocos días después de que la Primavera empiece por estas latitudes, no debemos olvidar que este es el segundo número de invierno. Así se consagra el ciclo de la poesía joven, que impone nueva normas en su seguro devenir. Me refiero a la norma no escrita —ni siquiera pensada— de no publicar a más de ocho autores por número. Es una alegría inesperada que las buenas aptitudes de los poetas jóvenes se materialicen en poemas que puedan golpear en lo más profundo con un puñado de versos y poemas que se dotan de significado lentamente, con una serie de versos que parecen ofrecer distintas perspectivas de la misma realidad.

Este sexto número de *Águila del Cáucaso* es el mismo ciclo, en movimiento, de nuestra poesía joven.



Los jóvenes poetas que se
publican en este número:

Mónica Soneira Ventas

Adriano Rojas Castro

Samara Mendoza

Rubén Décrit

Ave Félix

Ainhoa Trueba Raya

Johan Reyes

Claudia Mazo

Mónica Soneira Ventas (Toledo, 2002). Cursa el grado de Literatura General y Comparada por la Universidad Complutense de Madrid.

El que guarda silencio

He caminado al borde del horizonte y descansado al pie de la bestia
de siete cabezas

he visto a tiempo el firmamento sobre su reflejo desplomarse
he contemplado las paredes que recorren los límites del Universo
he vertido desde su cima aquello solo comprensible al ser humano
he contenido en el núcleo de mi espíritu los ardores de la Tierra
la glaciación y las cenizas, el movimiento de las olas y las mareas
he movido la esfera de los planetas y transformado sus gases en
veneno

he derramado sobre la Tierra el abismo aprehendido en corazones
efímeros

he visto al mundo esconderse y enmudecer, empezar a gritar y correr
al segundo

he contemplado al mundo encogido diminuto en tan solo un grano
de centeno y desaparecer al minuto

he visto desfilar sobre el cielo y la tierra minúsculas pompas de
jabones variados

dinamitadas como si fueran varillas luminosas en las calles, en las
casas y en la mesa de la cena

tal vez un millón de amaneceres cargados con nubes quemadas

Ha colaborado en *Ala Este*, revista perteneciente al proyecto Innova de la Universidad Complutense de Madrid.

pies heridos y descalzos, jóvenes y ancianos, enteros y, al rato, a partes.
He visto los pilares del subsuelo confundiéndose con la luz en las farolas
y el temblor de las estrellas, con abrigos neones en la esquina de la gasolinera.

En la palma del Universo he construido una constelación deficiente
con tan solo una estrella.

He visto y he visto y he imaginado
y lo que queda si es que queda todavía lo he pensado lo he soñado y lo he creído
sin saber bien lo que hacía he ayudado y también destruido sin quererlo
y sin saber bien lo que veía he reído y he llorado como cualquiera
Por eso sé, amigo mío, que todo lo que pueda conocer a partir de ahora
seguro que de otra forma ya es para mí familiar y accidentalmente conocido.

Adriano Rojas Castro (Madrid, 1994). Graduando en Literatura Comparativa por la Goethe Universität de Fráncfort (Alemania) y Estudios Ingleses por la UNED. Médico de profesión.

Desde donde somos

Cada cosa, cada persona es para el poema, que se dirige al otro, una figura de esa otredad.

PAUL CELAN

I

Harto de continuar
en el lugar transitorio del encierro:

¿quieres la llave?

Si el cuerpo de sus abismos
surge la risa:

ríos como
 de sombras
 nubes entre
 picos,

son el mismo susurro.

La mente

exenta de sí misma,

la silueta del verbo

por la sintaxis
que pesa

huyo.

III

Mi cometido es ser empuje,

y desde dentro
y desde fuera,

línea ageométrica,
símbolo sin frontera.

IV

Decir lo esencial:

estás en el lugar del que emerge la luz
—no la luz personalizada, no la auténtica—,
una escala ascendente, desatada,
se contrae y expande emocionada,
y tú estás a punto
y bailas.

Samara Mendoza (Cuernavaca, México, 2001). Estudia Ciencias Políticas por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ha colaborado en la revista literaria *Bastardilla* y forma parte del colectivo *Letras y Poesía*.

¿Fue esto alguna vez el ombligo de la luna?

Un rojo así. Tan alejado de la clemencia. Una cruz al costado de la carretera. Rezar, como esa manera de esterilizar. *Si la sangre se ha derramado en un área específica, delimite el área afectada para evitar que se extienda.* Un águila posada sobre un nopal alimentándose de carroña. A todo esto se le llama *temictiliztli*. Dos autobuses camino a Iguala, así ocurren las cosas. El epicentro la ruta de acceso la ruta de escape el área circundante. Un cuerpo: territorio invadido. Abjurar es más que un verbo. Su nombre en lengua maya era tsulá. *Los que están desasosegados, los que de un lado a otro se agitan, los que en ninguna parte pueden hacer algo, éstos en cuyos dientes, en cuyas bocas hay tierra.* El tiro de gracia. Durante cinco segundos podría ser 16 de diciembre de 2010. La verdad es que no sé de qué color es el río. Se atiborra se llora se brutaliza se desborda se incendia se extirpa se muere en vida. Ni aquí ni allá. Arrastrarse, enganchar una escalera, trepar, echar a correr. El olvido, que asfixia. Las enfermedades crónicas empiezan así. Murmuran. Aullan, o sueño que lo hacen. Encontraron una fosa en el cerro. Y luego un avemaría y luego otro y luego todavía otro. Ya lo sabíamos. Desaparecer es una palabra polisémica.

Tonalli

Un verde así. Bajo las jacarandas. Alguien tararea cielito lindo. Alguien se santigua. La isla a donde las almas vuelan hechas mariposas. Corre y se va corriendo con. La eternidad, que aletea. El rebozo y la madre y el niño que duerme. Apapachar es un verbo que se acompaña con atole.

Dicen que era jaguar y a veces coyote. *Rema y rema, Joaquinita, y no dejes de remar.* La esperanza, que acoraza. Del sol caen pétalos de cempasúchil. En náhuatl quiere decir lugar entre las garzas. Allá, en la cumbre del cerrillo, había una mujer cubierta por un manto de estrellas. Las partes de la trajinera incluyen: los brazos, el fondo, las cabeceras, las pértigas, el arco frontal, el nombre, el techo. Podría ser un milagro. Qué extraños los truenos provocados por un hacha. *Así fueron creados y formados nuestros abuelos, nuestros padres, por el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra.* Enraizar sin dejar de buscar. El crujir del chile en el molcaxete tierra fértil las seis cuerdas del guitarrón la risa después del llanto: eso somos aquí. Las branquias de los ajolotes parecen un penacho. Irrumpir, como esa forma de sostenerle la mirada a los terremotos. ¿Qué cosas y cosa es una jícara azul sembrada de maíces tostados, que se llama *momochtli*? El punto en la playa donde desemboca el agua rosa. La piñata de barro y la mano que blande el palo. Con el tiempo, la nieve cubrió sus cuerpos convirtiéndolos en dos volcanes. Mira: es el ombligo de la luna. Los colibríes hablan. A todo esto se le llama *tonalli*.

Esta es tu querencia

La coordenada vertical del punto en la parábola (la columna vertebral). El envés de tu camisa. La habitación donde todo se quiebra. Cuando mis manos son tus manos. El temblor en mis piernas. Cuando tu boca es mi boca. Un corazón púrpura. Susurrar: empiézame; abrígame. Andalucía es un recoveco en el esternón. El milagro en la certeza. *Va a pasar, te lo prometo.* Todo lo que reverdece cuando te quedas. La coordenada horizontal del punto en la parábola (los tendones). Cosa de estirar el brazo y sentirte. Ésta es mi espalda contra tu pecho. Los hoyuelos en las mejillas. El latido, dos cuerpos celestes que se atraen gravitacionalmente y giran alrededor del otro en órbita. El fervor de ir a tientas en la oscuridad. Las constantes que determinan la posición, orientación y forma de la parábola; miradas gestos ritmo respiración eje de simetría. La inmensidad de *querer* junto a ti.

Rubén Décrit (Jaén, 1993). Graduado en Filología inglesa por la Universidad de Jaén.

Ha colaborado con las revistas *Autores*, *Pansélinos*, *Enpoli*, *Los Enjambres* y *Kametsa*.

Actualmente está trabajando en la edición de su primer poemario.

Los álamos

Cuando el mundo no hallaba ya
mis dolidas manos, mi débil huella,
mi pobre latido
y era siempre la noche
desde la aurora a la aurora
y el mar se adentraba ya hacia el hombre
por las venas y el juicio,
surgió del silencio,
de la humilde Tierra,
como un brotar
de espuma blanca en la penumbra,
como alzan los pájaros
su primer vuelo,
súbitamente una primavera,
y una flor pobló los trigales
y las largas avenidas de roca y herrumbre.

Llegó apenas palpitando
y vino con su nombre a darme nombre
y con su voz a nombrar mi sombra
y con sus verdes hojas
a arengar mi mano endeble;
con sus pétalos de ocaso a concederme
el deseo humano de los ojos...

Y ya el mundo, adormecido
 despertaba
 –iba hallándome–
 desde la aurora
 a la aurora.

Sin mar.
 Sin silencio.

Ecos

*Cuéntame cómo mueres,
 cómo renuncias –sabio–,
 cómo –frívolo– brillas de puro fugitivo,
 cómo acabas en nada
 y me enseñas, es claro, a quedarme tranquilo.*

GABRIEL CELAYA.

Mi nombre ha regresado
 a su tierna infancia.

Estoy de pie y escucho
 –como una dulce canción–
 un eco que me llama
 en mitad del invierno.

El aliento llena las ventanas
 de índices con sueños,
 de ayer y nunca
 y ahora y mañanas.

Henchida florece la rosa de la tierra,
 se abre, incalculable como un rostro,

como unos labios que hablan
y una voz
—como la mía—
débilmente me reclama.

Dones del silencio

De pronto, en las alturas callaron,
allá desde arriba,
algunas cosas.
Mi voz de espina sedienta iba
perdiendo
su idioma antiguo,
su verbo de duro mármol,
su garganta impura y triste.

¡Cuánto ha morado el estrépito
mi epicentro azotado
por su oscura tierra!

Pesado, inmóvil,
solamente
como un ancla vieja,
por mí transcurrían el duro viento
de lo inhumano,
un frío de grandes casas olvidadas,
la soledad con sus llanuras
poblaba el espacio
de las restantes voces
con su palabra sorda y única.

Ahora
 tras las calladas mitades de mi pulso,
 tras el silencio raído por el fondo,
 con la infancia brotando entre los dedos,
 pienso:
 a nadie te pareces que haya
 andado antes esta sombra.

Porque una ola
 con su cresta, enorme,
 inmensa
 como el largo beso de los azules,
 ha detenido por siempre
 el rumor cansado de aquella altura
 y de mí han dimitido
 mi pobre origen,
 mi patria antigua,
 mi voz con su acerbo:
 la palabra oscura.

El colmillo de los pájaros

*Mira tanta ceniza
 como una herencia gris entre las manos.*
 JAVIER EGEA.

Atónito imploro
 a la tierra inerte de la memoria,
 al negro siglo que socava la calma
 del juvenil cuero de los sueños.

En el desdichado anhelo
del olvido o la existencia he mendigado verte
al fin en las raíces de tu nombre,
donde naciste
allá con la ternura de quien nace
hasta el segundo latido
que el hombre te impuso.

He bogado las llanuras hallando solo
cuanto soñaban el silencio y mis labios:
campos yermos que hollar sin huella ni barro,
sin manos, sin letales sacudidas,
sin el naciente o desteñido
golpe del mundo.
Porque nada cabalgo ahora, nada palpable
agarraba entonces
mi endurecida mano de insomnio;
mi pobre olfato era un niño de ojos sencillos
y deseos infinitos.

Y yo era el pequeño hijo de ahora,
porque me aferro
al puro nombre de las cosas.

Despojado de certezas,
pobre en caminos transito
ahora
las largas longitudes del silencio,
la indivisible derrota
de las calles

sobre la callada tinta del alba
que apuradamente oculta los términos
del fin sin fondo.

¡Tierra inerte de la memoria!
¡Negro siglo!
¡Hombre! ¡Niño! ¡Vástago!

Dejadme hallar tras la crudeza de los muros
la raíz rota del olvido
brotando al fin
a una oración estimada.

Ave Félix (Pinto, 1998). Graduado en Ciencia y Tecnología de los Alimentos por la Universidad Complutense de Madrid, experto en Comunicación Pública y Divulgación Científica por la Universidad Autónoma de Madrid,

Ave Félix

Cáncer,
qué palabra tan odiada.
Muchas veces un tabú,
pero no sufras al decirla,
no te sientas mal.
Yo te escucho.

A veces las batallas se pierden
y otras veces se ganan.
Lo digo por experiencia
y tranquilo, no de mala gana.

Nos remontamos hace unos añitos,
cuando yo era un chaval aún pequeño.
Rodeado de tubos y máquinas
veía los días pasar,
y ahí aprendías
lo que era importante de verdad.

He dejado amigos en el camino,
ellos pusieron todas sus fuerzas,
les vi luchar. Atados a unas camas

curso actualmente el Máster en Formación del Profesorado por la Universidad Camilo José Cela.

Ha participado en varios festivales de poesía: Picazo Otoño Verso, Cortejando Fuego y *Saelices Versum*.

Su actividad artística se desarrolla también en el ámbito de la narrativa, la pintura y la interpretación.

frías, blancas y enfermas,
pero hay veces que tienes que descansar.

Hablaremos de destino,
de mala suerte.
Madre, qué marrón,
te ha tocado lo peor.

Ellos fueron valientes,
yo también.

Tuve mucha más suerte,
casi no lo cuento,
pero aquí me hallo.

Me deshice de mi cuerpo,
quedé en cenizas
y como esa ave mística,
volví a nacer,
para aguantar las idas y venidas,
que esto llamado vida,
nos ofrece por doquier.

Ríos de guerra

La vida navega roja en el suelo
cuando las armas se alzan sobre ellos,
ahogan sus esperanzas y cuellos
y callan alegrías en el cielo.

Engañando a las gentes con camelo,
entran en pueblos dejando sus sellos
ayudados por algún alzacuellos,
acabando con el poco consuelo.

Grandes espadas se yerguen sin fin
dejando tierras tristes y baldías
por derramar sangre en un gran festín.

¿A cuántas dulces y pobres Marías
han secuestrado y violado sinfín
por tantas cruentas batallas vacías?

Aracne

A la eterna castigada,
tú que desafiaste a la diosa
hilandería donde las haya
pecadora de envidia y caprichosa.

Injustamente enjuiciada
por tu don que en manos mostrabas,
¿dónde queda su compasión?
Olvidada en lo más profundo
de su horrible y férreo corazón.

Ahora vagas en la oscuridad,
en el aire flotas delicada.
A muchos, miedo causas,
aunque solo desfilas triste y desolada.

Aracne, ¿dónde ahora te hayas?
Solitaria y deprimida donde vaya,
esa pequeña y dulce araña
sufriendo por su sinceridad
teje la dura y tensa telaraña.

Ainhoa Trueba Raya (Madrid, 2002). Cursa el grado de Física en la Universidad Complutense de Madrid.

Ha sido finalista en el premio Valparaíso (2022) de poesía.

Ha colaborado con la revista *Ala Este*, perteneciente al proyecto Innova de la Universidad Complutense de Madrid, y *Casapaís*.

Entre el huerto de nuestra casa

I

Si alzo la mirada
más allá del límite del deseo,
caen los ojos rodando,
solamente duele el frío.
Su piel es tan blanca
que tus pasos podrían por fin
dejar huella.
Un niño me devuelve la mirada
y caen gaviotas desde el cielo.
Su pelo es tan suave...
Las preguntas se enredan en el mío.

II

Quise creer
en el titular de una noticia
y la vida me llevó por delante.
Sé que has pensado en ella,
lo dijeron nuestras plantas.
Observas distraído una flor

ya descansada,
tiene unos pliegues curiosos.
Dentro se esconde un bicho
o algún silencio,
sus hojas la delatan.

III

Querría ser aire, de vez en cuando,
y no engancharme en las ramas cada tarde
por no ver quién recorre mi espalda.
Conozco la mentira
de amar con los ojos vendados
e inicio las preguntas
¿no ves que caigo?
El tiempo me entretiene
una y otra vez entre sus manos.
Envejecí yo antes por guardarlo.

IV

*De repente, poseída por un funesto presentimiento de
un viento negro que impide respirar, busqué el recuerdo
de alguna alegría que me sirviera de escudo, o de arma
de defensa, o aun de ataque.*

Absurdamente enferma
entre cavilaciones del cielo.
Nunca quise ser un animal
sangrando sus respuestas.

Unos ojos que no saben
esconder el daño
también la prefieren a ella.
Olvidaste los últimos tomates
y yo lloré una bandera,
la simbología de un poeta,
ahora, entre el huerto de nuestra casa,
temo el río de mi cuerpo.

Donde el tiempo no llega

I

Nunca quise deshacerme en el ruido,
sino en mar
y entender desde allí el horizonte.
Quitarme este peso del canto,
el dolor de las alas,
la fiebre del verso
o la herida inicial de todas las cosas.
Desconozco algo menos que un segundo
y no encuentro el centro de la vida.
El cielo se abre a trozos
¿a qué hueco cae mi llanto?
El tiempo y el espacio murieron ayer,
¿qué lugar le corresponde a la palabra?

II

El mar no aprieta, no quema.
Cubre cada cuerpo sin tocarlo
porque nunca nos tocamos
y nada cambia.
El reflejo de nuestro rostro
nos sorprende,
algún efecto de la luz engancha.
Las rocas se inclinan en su sitio,
colocadas para no desobedecer
al movimiento.
Ignoramos el grito de las algas
o los pájaros con peces en la boca.
Revestimos el agua con respuestas,
un mundo se estremece de oscilaciones.
Quizá por ello deseemos todos
una casa junto al mar,
quizá allí una soledad nos convence.

Johan Reyes (Caracas, Venezuela, 1999). Estudiante de Cine en la Universidad Central de Venezuela.

Ha ganado el primer premio en el III Premio Internacional de poesía Bruno Corona Petit (2023); ha obtenido menciones honoríficas en el VII Concurso Nacional de Poesía Joven Rafael Cadenas (2023) y el Concurso Literario Ossi di Seppia (2023).

Ha colaborado en la antología *Solo había frío*.

El llanto de los árboles

Las mujeres de mi vida
tienen el llanto de los árboles.
Estando ya muertas por un tiempo,
el viento las hace astillas,
pero en el medio de la selva,
al desplomarse,
nadie las escucha.

Por este cuerpo atravesado

Este cuerpo tiene memoria corta.
Se lo he regalado a cualquiera,
lo he cedido sin lamentos,
para que lo violen,
para que lo usen (desusen) hasta gastarlo,
para que lo trituren tantas veces
como trituran los carros
al animal que muere
en una carretera transitada.
Este cuerpo seco

Bienvenido al infierno

¡Por favor, tráiganme a alguien! Para mujer o para marido. No me importa si es puta o pedófilo; si tiene el vientre estéril, verrugas en el sexo, en los labios; si es artista, monja, policía o algo peor. Yo sólo quiero a alguien. Dejaré que se alimente de mi sangre espesa, que me escupa la boca guardando sus maldiciones en saliva, que se duerma en las cuencas vacías de mis ojos, que me parta la cabeza con un hacha y que la llene de pájaros, de mierda, de excusas, que me apuñale con las manos, que me cene el corazón...

Por favor, tráiganme a alguien.
Algún remedio vivo
para esta soledad
cansada de sí misma.

En un mundo de sal

hay un niño bobo
ahogado en su propia baba
que balbucea dentro de mí
y balbucea y no se mira
y mira sólo una luz incierta
la luz en la bruma
bobo
el niño es bobo
balbucea por las noches
esperanzado del cielo azul
del rezo que cure su cuerpo pequeño

su cuerpo inmoral
tierno y apetecible para las manos
como cualquier territorio penetrado por invasores
y el niño se deja
se deja y lo tocan y se deja y lo tocan
y se deja
hay un niño que ve dentro
que cambia besos por bramidos y ve
y no quieren que lo vean
frágil pero ve
la luz de los baños siempre es difusa
sólo él sabe lo que ha visto
y el niño vuelve a llorar de miedo
porque sólo él sabe qué
y no sabe por qué
y se pregunta bobo
con el rostro solitario
y sigue sin entender por qué
y llora
entonces al niño le aterra el sol
y la luna y las estrellas y balbucea
y piensa en el carnaval
y en su cabeza nace un mundo feliz
un mundo salino
porque el de afuera es dulce como la infancia
y la lluvia también balbucea y lo demuele
y el mundo es nada
porque está hecho de azúcar
y de niños acabados

Claudia Mazo (Huelva, 2002). cursando el doble grado en Estudios Ingleses y Filología Hispánica por la Universidad de Huelva.

sobre los horizontes

hurgo tras lo sensible,
hurgo como si ya existiera
la combinación exacta de palabras
las predilectas de la desnudez
y solo hubiera que escarbar y diseccionar
hasta que brotaran
para arrasar la nada paciente.

desde esta acrópolis me devuelvo la mirada:
percibo todo lo que quisiera nombrar
y no puedo,
todo lo que quisiera escribir
y no alcanzo.

puedo divisar dignidad y flaqueza
en los ornamentos,
bravura acechando los bordes del lienzo.

en esta acrópolis no miro atrás
porque me fundo en la semántica del verbo devenir.

Ha participado en el antología de poesía joven onubense
Pulso, aún inédita.

sobre la fuga

Animum debes mutare, non caelum
 «Debes cambiar de alma, no de clima»
 SÉNECA , *Epist. ad Luc.* XXVIII 1

el ala oeste del edificio ha sido demolida
 a pesar de que la noche anterior
 retumbaron rezos por sus cimientos;
 mi voz quedó huérfana tras la reverberación
 y ahora solo se pueden percibir los requiebros del ímpetu vencido.

antes de la demolición
 la limpié, la vacié de todas esas ideas
 que jamás había articulado
 y ahora son sujetos superpuestos.

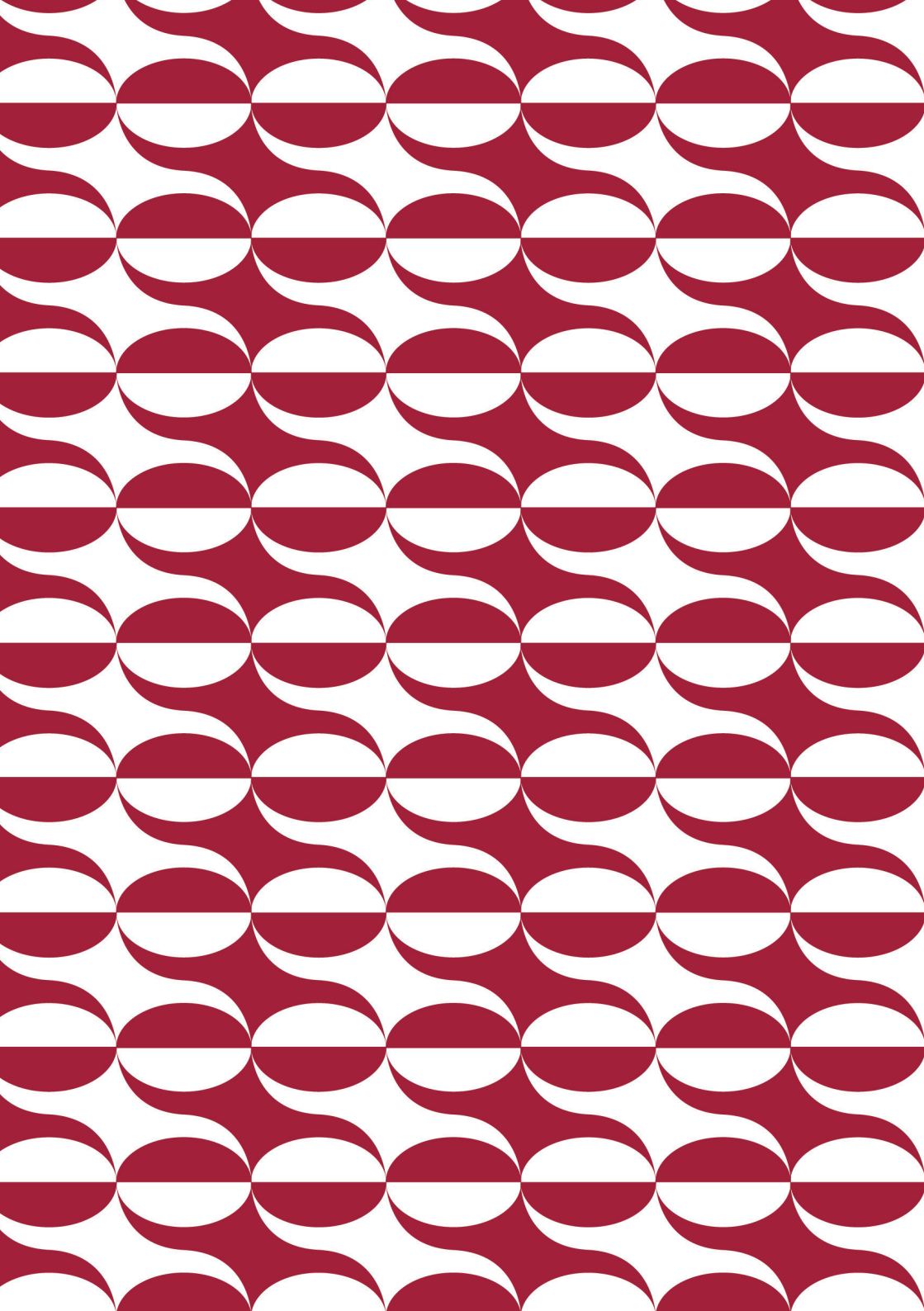
a partir de hoy solo veré amaneceres tullidos.

Iñaki Irijoa Lema, bajo el título de *Águila del Cáucaso*, confía en haber realizado una selección notable de poetas jóvenes y una edición digna para este número.

Agradece con sinceridad y afecto la participación de todos los autores que le han enviado su obra.

Espera que el lector disfrute de su dulquérrika labor.

A 26 de marzo de 2024,
en el Sexto Martes de Cuaresma.



Los jóvenes poetas que se publican en este número:

Mónica Soneira Ventas

Adriano Rojas Castro

Samara Mendoza

Rubén Décrit

Ave Félix

Ainhoa Trueba Raya

Johan Reyes

Claudia Mazo